



FRANCISCO DE LUQUE FAJARDO
Y MIGUEL DE CERVANTES:
DEL *FIEL DESENGAÑO* (1603)
A LAS *NOVELAS EJEMPLARES* (1613)

Héctor BRIOSO SANTOS
Universidad de Alcalá (España)
h.brioso@uah.es
<https://orcid.org/0000-0001-5934-4076>

Recibido: 1 de marzo de 2025
Aceptado: 4 de agosto de 2025
<https://doi.org/10.14603/13C2026>

RESUMEN:

Estudio comparativo del *Fiel desengaño* de Luque Fajardo y las *Novelas ejemplares* de Cervantes, con alusión a las tesis sobre el Cervantes americanista

PALABRAS CLAVE:

Francisco de Luque Fajardo, Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares*.

ARTENUEVO

Revista de Estudios Áureos

Número 13 (2026) / ISSN: 2297-2692

FRANCISCO DE LUQUE FAJARDO
AND MIGUEL DE CERVANTES:
FROM THE *FIEL DESENGAÑO* (1603)
TO THE *NOVELAS EJEMPLARES* (1613)

ABSTRACT:

Comparative study of Luque Fajardo's *Fiel desengaño* and Miguel de Cervantes' *Novelas ejemplares*, with an allusion to the theses on an Americanist Cervantes.

KEYWORDS:

Francisco de Luque Fajardo, Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares*.



En dos trabajos recientes (Brioso Santos, 2023 y 2025), he estudiado algunos indicios de la probable inspiración de algunas obras narrativas cervantinas en la obra del clérigo sevillano Francisco de Luque Fajardo, el *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*. Concretamente, me refería ahí a la *Novela del celoso extremeño* y a la *Novela de Rinconete y Cortadillo*. Anotaré ahora otras afinidades o coincidencias que entonces se me quedaron en el tintero y abordaré el asunto colateral del Cervantes presuntamente *americanista* y *caribeño*, según la estudiosa norteamericana Diana de Armas Wilson.

Si Luque sigue siendo un autor semi-olvidado¹, su *Fiel Desengaño contra la ociosidad, y los juegos. Vtilissimo, a los Confesores, y penitentes, justicias, y los demas, a cuyo cargo está limpiar de vagabundos, tahures, y fulleros la Republica Christiana. En Dialogo. Por el Licenciado Francisco de Luque Faxardo, Clerigo de Seuilla, y Beneficiado de Pilas. Dirigido a la Serenissima Virgen de Gracia* (Madrid, Miguel Serrano de Vargas, 1603) ha sido objeto de escasa atención crítica y ha quedado relegado, sobre todo, a su uso ocasional y marginal como cantera de materiales para anotar aspectos técnicos y léxicos del juego de naipes en diversas ediciones de clásicos áureos². Luque comenzaría los trámites de publicación antes de finales de 1601, pero su tratado no saldría hasta dos años después. Cervantes entregó a las autoridades el manuscrito de las *Novelas ejemplares* a mediados de 1612, aunque sin duda llevaba varios años escribiendo novelitas cortas y ya había incluido algunas, tentativamente, en el primer *Quijote*³. Riquer subrayó en su día algunas coincidencias entre la obra de Luque Fajardo y *El celoso extremeño*, y concluyó:

Estas concomitancias y estos paralelismos entre el tratado de Luque Faxardo y las obras de Cervantes conducen a creer que éste leyó el *Fiel desengaño*, en

¹ Domínguez Guzmán lo consideró en su día un interesante cronista y recogió algunos de sus escritos en su catálogo de impresos inmaculistas sevillanos (2001: 239).

² Véanse, en general, para ese tratado, la introducción de Riquer (1955) y los estudios de Strosetzki (1998), Podadera Solórzano (2014a, 2014b), Gómez Redondo (2016) y Bonilla (2025), aparte de mis dos trabajos ya citados.

³ Aunque después me referiré a la cronología de alguna novela concreta, para las fechas de esas geniales obritas pueden verse la síntesis de García López (2001: lii-lxi) y, sobre todo, Rico (2005).

cuyas páginas debería recordar con agrado el ambiente y el lenguaje de aquellos tahúres que tan bien conoció, como revela en diversas ocasiones, principalmente en el *Rinconete y Cortadillo*. (*Fiel desengaño*, I, pág. 18)⁴

Más exactamente, ese académico barcelonés apuntó la mención del erudito Virgilio Polidoro en Luque Fajardo⁵ e, insistentemente, en los capítulos XXII y XXIV de la *Segunda parte* del *Quijote*. Sin embargo, la inspiración cervantina debió ser muy somera, pues las diferencias entre el tratado fajardiano, las *Novelas ejemplares* y el segundo *Quijote* resultan más que evidentes hasta para el lector más apresurado. De modo que solo cabe pensar en unos recuerdos bastante anecdóticos y quizás irónicos de la obra de Luque, unas leves influencias, en suma, que trataré de aquilatar algo más en estas páginas.

En principio, la distancia entre el *Fiel desengaño* y cualquier novela, larga o corta, es grande. De hecho, solo una pequeña porción inicial del tratado-coloquio de Luque es realmente narrativa. Se trata del relato en tercera persona de la infancia y juventud del tahúr Florino en el primer capítulo y en parte del segundo del libro primero del *Fiel desengaño*, porque el resto de la obra asumirá, como indica el subtítulo *en Diálogo*, la forma de un coloquio moralizado o *asermonado* entre ese personaje y su amigo, el *discreto* y sabio Laureano. A este propósito, Riquer apuntó en su introducción que Luque aligeró su prédica «con el recurso de la forma dialogada» (I, pág. 10). El inconveniente es que esos personajes y su conversación tienen poco de vitales y naturales; más bien resultan forzados, sujetos sin remedio al dogmatismo pedagógico de Luque y ajenos a la madura y compleja materia humana cervantina, descrita así por Blasco:

Si los personajes de las narraciones precedentes se ‘dejaban ir’ y se comportaban según las exigencias estéticas del género y de acuerdo con el sistema de valores que éste representaba, lo que caracteriza a los personajes cervantinos

⁴ Como sabemos, *Rinconete* es mencionado en el primer *Quijote* (I, 47, pág. 542) y debió componerse, por tanto, antes de septiembre de 1604, en una fecha muy cercana a la aparición del *Fiel desengaño*.

⁵ Luque aludió al humanista de Urbino en el *Fiel desengaño*, I, págs. 15-16 y 20, y en vol. II, pág. 89. Riquer trató el asunto en su introducción (1955: I, 14-16). Hemos vuelto sobre la cuestión Étienvre —que consideró la alusión cervantina muy irónica y enderezada «aux plumitifs que se piquent d’érudition», a la vista, sobre todo, del prólogo antipedantesco del primer *Quijote* y de los comentarios del hidalgo loco contra esos conocimientos inútiles (1987: 23-25)—, quien esto firma (2023 y 2024) y Bonilla (2025).

—así lo apuntó Américo Castro en 1948 [1957]— es su voluntarismo, su ‘querer ser’. Y es este ‘querer ser’ el que permanentemente los empuja a enfrentarse con las reglas establecidas. (2001: xvi)

Frente a esa voluntad de ser y vivir a su modo, los dos contertulios del *Fiel desengaño* no exceden nunca su papel de comparsas, o hasta de títeres de su autor, pues nada hay en esa obra de la realidad problemática cervantina, o incluso de un buen coloquio áureo.

Es decir, ambos autores aprovechan la forma de la novela, pero mientras Cervantes lo hará decididamente, iniciando un subgénero corto que otros cultivarán profusamente durante todo el siglo XVII, Luque esbozará un amago de micro-novela pseudo-picaresca, instrumental, ejemplarizante y de tesis, encajada apenas en las ocho primeras páginas de su largo tratado-coloquio y olvidada durante el resto del libro. Porque el beneficiado hispalense solo se asoma a la narración de dos maneras: como arranque del recalitrante sermón principal y, después, en forma de ocasionales y expresivas anécdotas, ilustrativas de las mañas, los vicios, los pecados y la jerga gremial de los jugadores profesionales⁶. Tampoco cabe comparar la sofisticación narrativa cervantina⁷ —en ocasiones, con incursiones filo-teatrales, como han observado algunos críticos⁸— con el alicortado esfuerzo inicial del clérigo sevillano. Los componentes narrativos más *cervantinos*, por así llamarlos, de la obra de este último son el repertorio de observaciones sociológicas y léxicas y el anecdotario, a menudo oralizado y dramatizado, que sirven de ilustración práctica y ludopática al *Fiel desengaño*. De acuerdo con Riquer, Luque incluyó muchos «fragmentos de diálogo, que parecen anotados por el autor mientras los tahúres están hablando y discutiendo» y «tuvo la habilidad de redactar su libro de modo que lo pintoresco y la rara y peregrina documentación lo hicieran agradable a toda suerte de lectores» (*Fiel desengaño*, I, págs. 9-10). Sin embargo, el coloquio anecdótico fajardiano no se compadece en absoluto con los constantes e ingeniosos juegos narrativos cervantinos, pues mientras Luque usa el material de campo para ilustrar

⁶ Por ejemplo, en I, págs. 109, 113-114, 118-119, 123-124; II, págs. 35-36, 44, 208, 242, etc.

⁷ Véase, a modo de simple muestra, García López (2001: lxxix-lxxxix).

⁸ Véanse F. Ynduráin (1962: lxiii-lxiv), D. Ynduráin (2006) y Zimic (2010: 337-363), entre otros, sobre *Rinconete y Cortadillo*. Con todo, Blasco recordó con razón que, para Cervantes, esa obrita sigue siendo una novela (2001: x).

su sermón, Cervantes está empeñado en un proyecto de novela experimental a caballo entre la vida y la metaliteratura⁹. Una cosa es la *narratio* entendida como prueba o exposición de los hechos (Luque) y otra como caso de estudio del que se deben extraer lecciones vitales (Cervantes), parafraseando a Blasco (2001: xxix).

Con todo, hay otras coincidencias. El clérigo hispalense anotará que su libro es relativamente innovador en cuestiones prácticas «[...] dando su parecer y censura contra ellos [los tahúres], con que más claramente constase su culpa y las obligaciones de restituir en la materia, no sabidas hasta aquí por falta de tahúr que las manifestase, resolución bien importante en nuestros tiempos» (*Fiel desengaño*, I, pág. 60). Y, unos años después, Cervantes destacará, con razón, la trascendente novedad de sus *Ejemplares*, aunque por motivos bien distintos, cuando presuma —en una frase hartamente conocida, citada y debatida— de ser «el primero que ha novelado en lengua castellana» (*Novelas ejemplares*, pág. 19)¹⁰. Pero poco tiene que ver la paciente labor de zapa moral, el persistente y rico sermón de Luque, con el arriscado combate del *outsider* narrativo que fue siempre el alcalaíno.

El juego de las diferencias continúa con el plan general de las respectivas obras. Luque Fajardo explicaba su propósito en su «Prólogo», en inequívocos términos alegóricos y sermonarios:

Bien así, pues, Lector piadoso, pareció conveniente sacar en público, como en plaza de esta Babilonia, el enfermo cuerpo del juego y sus ministros, cuyos excesos y demasías le tienen cancerado y leproso de pies a cabeza; donde todos los que le vieren, puestos los medios necesarios, puedan fácilmente escaparse de una tan peligrosa caída escarmentando en cabeza ajena, sin trabajo de buscarlas en casas de tablaje, supuesto que en no entrar en ellas, como en ocasión terrible, consiste la mayor parte de su remedio. (*Fiel desengaño*, I, pág. 33)

Después veremos cómo su tratado se escinde entre un amago de novelita inicial —el mencionado relato de la niñez y juventud de Florino y Laureano, de la huida del primero a Flandes y de su caída en el juego—, la alusión a un *breve memorial*, que no se reproduce, y un largo coloquio-sermón, entre moral y práctico, que ocupa el resto de la obra y que Luque razona así:

⁹ Sobre el Cervantes inventivo e inventor, véase el excelente «Estudio preliminar» de Blasco (2001: xii).

¹⁰ Citamos por la edición de García López (2001).

El cristiano y prudente trato de Laureano, en quien Florino vio siempre toda cortesanía y buen término, llegando sazón un día para comunicar los falsos tratos del juego, y en particular del naípe, cuyo lenguaje ignoraba, habiendo de ser con espacio y de acuerdo, el referir Florino por orden sus leyes y fueros, determinó hacer a solas un breve memorial, aunque es larga su historia, y llevarle consigo, para que pasando Laureano por él los ojos y abriéndolos al nuevo estilo, considerase el proceder engañoso de los moradores y vecinos de aquesta casera y no bien entendida república. (*Fiel desengaño*, I, pág. 60)

Strosetzki ha resumido así, modernamente, su plan moralizante:

Según Luque Faxardo, aquellos que apoyan los juegos de cartas niegan a Dios y pecan mortalmente. Además los juramentos, votos y blasfemias que se oyen en las casas de juego son considerados como pecados mortales. El juego de cartas puede ser visto como un invento del diablo, ya que el mundo de las casas de juego se caracteriza por el engaño y la astucia. Por un lado, los jugadores intentan engañarse mutuamente y por el otro, los usureros y los asistentes de dichas casas persiguen el fin de enriquecerse por medio del engaño en el juego. Por ello, según Luque Faxardo, los pecadores en el juego han de tener como pena el infierno. (1998: 1547-1548)

Las pretensiones de Luque también han sido comentadas por Suárez Figaredo en la «Advertencia» a su edición reciente de la obra:

En un extenso diálogo Florino ilustra a Laureano sobre las perversiones del naípe, dando pie a que Laureano reprenda severamente tal vicio (y muy por extenso), apoyándose en infinidad de pasajes bíblicos y citas de los Doctores de la Iglesia. El texto explica cómo se fundan las casas de juego, con qué clientela, con qué complicidades de la Autoridad, y abunda en expresiones utilizadas por los tahúres; pero se dice poco o nada de los juegos en sí mismos, de sus reglas, de los lances más singulares. Por supuesto, va salpicado con alguna que otra anécdota, pero siempre de final desastrado y ejemplarizante, sin la menor dosis de humor por más que el asunto bien se prestaba a ello. No puede esperarse más del Autor siendo eclesiástico (y de los muy devotos), que más que escribir el libro en su bufete lo predica desde el púlpito; no es libro de entretenimiento, sino de doctrina, «de aviso a los tahúres para más bien guardarse..., si acaso hay alguno que pretenda remediarse» (cap. II-

XIV). Con todo, por momentos resulta didáctico en lo referente al funcionamiento de las casas de juego y al comportamiento y fraseología de los jugadores. (2018)

En cualquier caso, ni el proyecto ni el resultado fajardianos exceden demasiado un tratado moral o un sermón más o menos enriquecidos, tales son su esquematismo y su rigorismo teológicos. Frente a ese rigor, otros dos autores trataron de disimular poco o mucho sus designios ejemplares o moralizantes: las peripecias del joven Guzmán de Alfarache, aunque cómicas a ratos y narradas en una vigorosa primera persona, también resultaban desastradas y ejemplarizantes; y Cervantes proclamaría su afán de entretener con un ocio provechoso y carente de riesgos morales —que, de existir, serían castigados ¡con la amputación de su mano inocente, la izquierda!— en el famoso prólogo de sus *Novelas ejemplares* (pág. 19). Recordemos, a este propósito, también su posible título original apuntado en la aprobación de Salas Barbadillo, firmada el 31 de julio de 1613: *Novelas ejemplares de honesto entretenimiento*¹¹; o incluso el más improbable, por nada cervantino, de *Novelas ejemplares de honestísimo entretenimiento*, citado en el privilegio real anexo, del 22 de noviembre del año anterior (pág. 9 y n. 2). Cabe preguntarse, al margen, si esos títulos los idearían Cervantes o su editor, el famoso Francisco de Robles, para pasar la preceptiva censura y mitigar el exceso de desenfado profano del nuevo libro¹². En todo caso, la sutil e irisada *honestidad* cervantina, si bien puede recordar algo a los tejemanejes reformistas alemanianos, tiene poco que ver con las abrumadoras utilidad y moralidad de Luque Fajardo.

Pese a la distancia que los separa, hay otras interesantes coincidencias entre el autor del *Fiel desengaño* y el alcalaíno: los dos afirman programáticamente que colocan su obra *en plaza desta Babilonia* (*Fiel desengaño*, I, pág. 33) y —en frase ya citada— «en la plaza de nuestra república» (*Novelas ejemplares*, pág. 18). De hecho, el novelista de Alcalá aprovechó esa coletilla para proclamar su bien conocido propósito de entretenimiento honesto a todo trance:

Mi intento ha sido poner en la plaza de nuestra república una mesa de trucos, donde cada uno pueda llegar a entretenerse, sin daño de barras; digo, sin

¹¹ En pág. 8 de la edición que sigo (véase también la nota 1 de García López, 2001).

¹² Véase, sobre esta cuestión, la nota 8.1 de García López (2001: 732), donde aduce varias fuentes bibliográficas en las que algunos cervantistas sostienen lo opuesto. Sea como fuere, quedaron ahí reflejadas las posibles vacilaciones de Cervantes o de Robles.

daño del alma ni del cuerpo, porque los ejercicios honestos y agradables antes aprovechan que dañan.

Sí, que no siempre se está en los templos, no siempre se ocupan los oratorios, no siempre se asiste a los negocios, por calificados que sean. Horas hay de recreación, donde el afligido espíritu descansa. Para este efeto se plantan las alamedas, se buscan las fuentes, se allanan las cuestas y se cultivan con curiosidad los jardines (pág. 18).

Sustituye Cervantes ahí la bíblica Babilonia por unos más cercanos paseo del Prado madrileño o alameda de Hércules sevillana, y dejará a Luque (y acaso a Mateo Alemán) los templos y oratorios, con su sermón o tríaca contra el juego de azar. El sentido de ambos libros es bastante distinto: Luque condena el ocio vicioso y Cervantes elogia el descanso útil y ejemplar —una suerte de *mesa de trucos* o billar literario—, con toda la ambigüedad y la sutileza que se quiera¹³. En este punto, los únicos *trucos* fajardianos para endulzar la píldora moral de su tratado son la novellita ya dicha, el olvidado o teórico memorial, el casi omnipresente coloquio y el rico anecdotario engastado a trechos en la obra, a modo de ilustración práctica de los males del juego. Pero no pensemos que Cervantes condena la predicación en sí, sino la mezcla *non sancta* de lo profano y lo divino —o del cuadro del «enamorado distraído» y del «sermoncico cristiano», en la famosa formulación del prólogo del primer *Quijote* (págs. 12 y 17)— que notoriamente habían practicado Alemán en su *Guzmán* y Lope de Vega en su *Peregrino*¹⁴. De hecho, renuncia, en ese mismo preliminar quijotesco, entre otras cosas, a «predicar a ninguno» (pág. 17).

Aunque, en realidad, se trata de unas ideas amenas y *ajardinadas* no del todo distintas de las expuestas por el predicador hispalense en un raro pasaje inicial donde encarece la buena compañía y conversación como un jardín figurado:

Y si vos, Florino, guiábades aquí vuestra afición cuando abominastes el entretenimiento de campo, digo que no íbades muy fuera de razón. Pues todo ello es nada respeto del trato con virtuosos amigos: deleitosos prados, amenas frescuras de jardines, claras fuentes, arroyos hermosos, espaciosos ríos, cuyas

¹³ Sobre este punto, la bibliografía sería interminable, pero baste citar a Blasco, quien resume el plan cervantino de una ejemplaridad que «no tiene que ver con la moralización» (2001: xxix).

¹⁴ El lector puede cotejar justamente esos dos pasajes preliminares del primer *Quijote* para descubrir el matiz de la nueva ejemplaridad cervantina ajena al moralismo. Véase, por lo demás, la bibliografía aducida en II, pág. 15, y en la nota complementaria 17.87.

riberas, márgenes y llanos fertilizan sus corrientes con florestas de varios matices, donde el Señor del universo renueva por tiempos la agradable librea con que alegran el mundo, dejando atrás la grandeza de Salomón, cuyos olorosos perfumes regalan y recrean los desmayos del corazón, guiados de las blandas y frescas mareas, las aves con su música, la tierra con sus venas de oro y plata, el mar con sus nácares y perlas, las rocas con sus preciosas piedras, diamantes, rubíes y esmeraldas, con todo lo demás de estima y aprecio que sabe hablar y referir la humana elocuencia, no llega ni tiene comparación, cuanto hace ventaja lo espiritual y divino a lo corporal y terrestre. (*Fiel desengaño*, I, pág. 64)¹⁵

Con el matiz de que, mientras Cervantes asocia el entretenimiento literario con los más bellos paseos ajardinados, Luque considera los encantos y halagos de la naturaleza inferiores a la conversación edificante y espiritual.

Para continuar con nuestro desigual contraste, si ese clérigo sevillano construye su libro sobre el dualismo artificial, forzado y maniqueo del digno Laureano y el jugador experto y arrepentido Florino, el genial novelista de Alcalá prefirió lo que Güntert describió atinadamente como la «obsesión del binomio», una compleja estructura binaria y oscilante que se extiende a toda su colección de *Novelas ejemplares*, con once piezas duales de ocho especies distintas y una última de protagonista doble (1993: 200-204). Para García López, ese procedimiento cervantino es de una gran sofisticación, ajena por completo al primitivo esquema moralizante de Luque (2001: lxxxv-lxxxvi). De hecho, Cervantes presenta de muchas formas a sus parejas de protagonistas, pero nunca incurre, como el sacerdote de Pilas, en las falsillas del maestro y el discípulo o del pecador contrito y el predicador. De paso, tampoco había caído en ellas Alemán, al menos elementalmente, pues los había reunido en un mismo protagonista barroco escindido.

Pasemos a otro asunto no menos enjundioso. En ocasiones, se ha considerado, a tenor de sus obras, que Cervantes pudo ser incluso un jugador aficionado. Encontramos en sus comedias y novelas numerosas alusiones, tecnicismos y frases profesionales, como *naípe*, *floreo*, *presa y pinta*, *quínolas*, *carta de más o de menos*, *alzar*, *sota*, etc., según ponen de manifiesto el *Vocabulario* de Fernández Gómez

¹⁵ Comp. Slater para las alegorías botánicas (2010).

(1962) y los trabajos de Étienvre (2016) y Lara Martínez (2015), entre otros estudios¹⁶. Ese vicio es común en sus narraciones, ya sea como tema secundario o como simple fuente de juegos de palabras y comparaciones. Curiosamente, después de *Persiles y Sigismunda*, el *Quijote* es la obra menos alusiva: se comenta la antigüedad de los naipes para burlarse del primo enciclopedista (II, cap. 24, pág. 830), se menciona la sota para enhebrar un curioso símil astrológico en el capítulo XXV de la segunda parte (pág. 844), y poco más. Nos interesa, en cambio, el dato de que la voz *barato* —usadísima en contextos naipescos y en la obra de Luque para aludir a la ‘propina’ o ‘regalo a los mirones’ de la partida¹⁷— le permitirá a Cervantes acuñar el nombre de la ínsula Barataria¹⁸. Y cabe preguntarse si ese guiño oculta una crítica política de más calado contra la venta de los cargos públicos, la muchedumbre de los pretendientes y otros males endémicos de la España de la época.

En *La ilustre fregona*, Diego/Lope Asturiano se juega su dinero y su asno en un sonado y gracioso episodio en el que éste muestra su nobleza de cuna y donde Cervantes exhibe nuevamente su detallado conocimiento de las suertes de naipes (*Novelas ejemplares*, págs. 419-421). Por supuesto, ese pasaje desarrolla el tema naipesco de un modo mucho más ligero y humano que la sombría descripción entreverada de diálogo y sermón, con notas costumbristas, de Luque Fajardo.

En cambio, en *La gitanilla* no se describe en detalle la casa de juego madrileña donde los presentes festejan a la encantadora Preciosa, y tampoco se hace ahí ningún comentario ni admonición contra los naipes: «Y con esto se fueron la calle adelante y desde una reja llamaron los caballeros a las gitanas. Asomóse preciosa a la reja, y vio en una sala muy bien aderezada y muy fresca muchos caballeros que, unos paseándose y otros jugando a diversos juegos, se entretenían» (*Novelas ejemplares*, pág. 40). Pero la presunta niña gitana ni juega ni entra en la casa, pues las mujeres no eran bien vistas en esos establecimientos, en los que se cobraba entrada y se ofrecían diversos servicios, comida y pasatiempos. Si nos fijamos bien, ni siquiera la denomina con los nombres expresivos que detalla Luque (por ejemplo, en *Fiel desengaño*, I, págs. 106-107), puesto que parece considerarla ahí simplemente

¹⁶ Avalle-Arce no recoge el tema en su *Enciclopedia cervantina*, donde no figuran ni *juego* ni *naipes* (1997), que sí aparecen en la más reciente *Gran enciclopedia cervantina* colectiva (2005).

¹⁷ Véanse las definiciones de *Covarrubias* y *Autoridades*, así como la completísima sección monográfica de Étienvre (1987: 131-147) y sus comentarios (2016: 24-25).

¹⁸ Ese topónimo se aclarará en II, cap. 45, pág. 991.

como un inofensivo recinto de ocio y no como un pernicioso garito digno de repro- bación. Unas cosas con otras y hablando en general, Cervantes parece tomarse el asunto con un deportivo espíritu literario y bastante más a la ligera que el tratadista hispalense¹⁹.

En *Rinconete y Cortadillo* se juega más seria y profesionalmente. Rincón evo- cará por tres veces al legendario Vilhán²⁰ cuando se defina como «maestro en la ciencia vilhanesca» y afirme saber «un poco de la ciencia de Vilhán» (*Novelas ejem- plares*, pág. 167). A mayor abundamiento, ese agudo mozo se presentará como experto en las trampas al tacto en una muestra abreviada de tecnicismos profesio- nales:

Yo —respondió Rinconete— sé un poquito de floreo de Vilhán; entiénde- seme el retén; tengo buena vista para el humillo; juego bien de la sola, de las cuatro y de las ocho; no se me va por pies el raspadillo, verrugueta y el colmi- llo; éntrome por la boca de lobo como por mi casa, y atreveríame a hacer un tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles, y a dar un astillazo al más pintado mejor que dos reales prestados. (pág. 187)

Aunque, curiosamente, alguna de esas fullerías es consignada por Luque²¹, no da la impresión de que Cervantes extrajera su información técnica del tratado fajardiano, sino de experiencias directas.

En el terreno moral, el alcaláino incurre en ciertas contradicciones aparentes. Su defensa de los juegos lícitos, y aun su tolerancia con los ilícitos, son patentes: no sólo deja jugar a sus personajes sin sermonearlos, sino que considera, justamente por boca del cura quijotesco, que debe permitirse «en las repúblicas bien concerta- das que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos, para entretener a algunos que ni tienen, ni deben, ni pueden trabajar. Así se consiente imprimir y que haya tales libros [de caballerías]» (*Don Quijote*, I, cap. 32, pág. 373). Parece difícil, en efecto, que un novelista vocacional partidario del ocio literario rechace pasatiempos y re- medios tan elementales para la melancolía como son las cartas, los dados o el truco. Sin embargo, en el mismo *Quijote* se condenan los naipes por boca del gobernador

¹⁹ La idea es común a Mateo Alemán, quien insistió en su *Guzmán de Alfarache* en que el juego de azar puede ser también un pasatiempo inocente (pág. 499).

²⁰ Sobre ese personaje, véanse Luque (libro I, caps. 7-8), el resumen de Deleito (1967: 217), Maravall (1986: 507) y Chamorro (2005: 16-17 y 144).

²¹ Por ejemplo, la *verruquilla* en el *Fiel desengaño*, II, pág. 35.

Sancho Panza (II, cap. 49, págs. 1026-1027), y en *El licenciado Vidriera* también leemos, dentro de su catálogo de críticas sociales, un pasaje en el que el mordaz protagonista la emprende contra los jugadores y gariteros, justamente los últimos gremio y asunto por él criticados antes de sanar de su extraño mal:

De los gariteros y tahúres decía milagros. Decía que los gariteros eran públicos prevaricadores, porque, en sacando el barato del que iba haciendo suertes, deseaban que perdiese y pasase el naípe adelante, porque el contrario las hiciese y él cobrase sus derechos. Alababa mucho la paciencia de un tahúr, que estaba toda una noche jugando y perdiendo, y con ser de condición colérico y endemoniado, a truco de que su contrario no se alzase, no descosía la boca, y sufría lo que un mártir de Barrabás. Alababa también las conciencias de algunos honrados gariteros que ni por imaginación consentían que en su casa se jugase otros juegos que polla y cientos; con esto, a fuego lento sin temor y nota de malsines, sacaban al cabo del mes más barato que los que consentían los juegos de estocada, del reparolo, siete y llevar, y pinta en la del punto. (*Novelas ejemplares*, pág. 298)

Como vemos, aunque la terminología no coincide, sí trata Cervantes ahí alguna idea fija de Luque y lo hace en un tono parecido: los jugadores y regentes de las casas de juego son *públicos prevaricadores* que desean que el ganador pierda para que otros traigan nuevos beneficios, y prefieren juegos rápidos con más ganancias y baratos que largas partidas de mayor cuantía, que rentan menos²². Asimismo, el alcaíno ensalza irónicamente la paciencia del tahúr, que se reprime y calla durante toda una noche de juego, a pesar de ser «colérico y endemoniado»²³; elogia a los «honrados gariteros» que sólo permiten en sus locales juegos lentos, que enumera con precisión²⁴, y como Luque, critica insistentemente los *baratos* o propinas (*Novelas ejemplares*, pág. 298).

Es de notar que ambos autores coinciden, de nuevo, en su visión sociológica del vicio naipesco: Luque se preocupa de las implicaciones sociales para los tahúres

²² Véase, por ejemplo, *Fiel desengaño*, I, págs. 138-139.

²³ Comp. *Fiel desengaño*, libro I, cap. XIV, y vol. I, págs. 219-220 y 222. La cólera del jugador en I, pág. 246, y en el libro II, caps. VI y XI, éste último titulado expresivamente: «Habla Florino de los juramentos, votos y blasfemias frecuentes en casas de tablaje». También I, pág. 141. Condena igualmente las supersticiones en el libro II, caps. VIII, IX y X. Suárez de Figueroa recogerá la misma noción en su *Pasajero* (vol. I, pág. 142).

²⁴ Una idea esbozada en el *Fiel desengaño* (vol. I, pág. 242).

y sus familias y Cervantes hace lo propio en el pasaje monográfico del pleito del tahúr, cuando el gobernador Panza obliga al ganador en los naipes a pagar su barato al mirón (*Don Quijote*, II, cap. 49), o cuando, acto seguido, Sancho quiere prohibir los garitos («yo podré poco o quitaré estas casas de juego que a mí se me trasluce que son muy perjudiciales» -pág. 1027), o en las matizadas observaciones del escribano: «Ésta [casa de juego] a lo menos no la podrá vuestra merced quitar porque la tiene un gran personaje, y más es sin comparación lo que él pierde al año que lo que saca de los naipes» y «[...] pues el vicio del juego se ha vuelto en ejercicio común, mejor es que se juegue en casas principales, que no en la de algún oficial, donde cogen a un desdichado de media noche abajo y le desuellan vivo» (pág. 1027). De todos modos, como ya hemos visto, resulta difícil atribuir personalmente al alcaíno esas condenas furibundas, que entran en un terreno de predicación y arbitramento que suele esquivar o poner en solfa en sus libros²⁵. Además, Cervantes nos presenta ahí el asunto con sus habituales medias tintas y desde varios puntos de vista, en un rico caleidoscopio social: el del ludópata que pierde dinero en su propia timba, el del jugador afortunado que debe compensar al mirón y a los pobres de la cárcel con parte de sus ganancias, y el del pobre *baratero* con honra, pero desocupado, al que Sancho, a la vez, recompensa y destierra de la ínsula y amenaza con el cadalso por *estar de nones* en ella, pues, como el mismo reo aduce, «no tengo oficio ni beneficio porque mis padres no me le enseñaron ni me le dejaron» (pág. 1026), en un particular caso humano muy parecido a Florino y a los mirones ociosos del *Fiel desengaño*, a los que Luque describe precisamente como «gente desaprovechada que ni sirve a Dios ni al mundo» (II, pág. 104). Y no solo se asemejan en eso, pues el clérigo sevillano ya había tratado profusamente en esa obra los *baratos*, *derechos*, *rocío*, *beneficios* o *Villagómez* que recibían los *mirones*, *dancaires*, *pedagogos*, *gansos* y *mayordomos*, su casuística y sus consecuencias de todo tipo²⁶. Entendemos claramente que los baratos eran, en sí mismos, un modo de vida para holgazanes (*Fiel desengaño*, II, págs. 125-128), pero no sabemos si esas socaliñas importaban, como mínimo, un doblón o «dos, cuatro, ocho reales de cada suerte» o el 10% que Luque parece apuntar (*Fiel desengaño*, I, págs. 114-115) y que después confirmará

²⁵ Con un matiz importante: el sermón se evita como ajeno a la novela y el arbitramento es objeto de burla por absurdo y ridículo (*Quijote*, págs. 627-628 y 671-672).

²⁶ Les dedica varios pasajes (sobre todo, libro I, cap. 10; libro III, caps. 3-6) y alusiones más pasajeras (vol. II, págs. 64, 77, 88, etc.).

el castigo impuesto por el celoso Panza: cien reales para el gorrón y treinta para caridad sobre los «más de mil reales» ganados (*Don Quijote*, pág. 1026).

Como Cervantes, Luque insiste, por boca de Florino, en esos «baratos importunos» (*Fiel desengaño*, I, pág. 118) y en que los pedigüños eran tan persistentes como aprovechados y ladrones:

Donde advertiréis el modo de hurtar de aquesta gente; pues, alargando su codicia, después de haberse entregado en ella, piden con grande rigor los derechos. [...] De manera pasa el negocio de su punto y raya, que muchas veces les vale más a ellos que a los mismos señores del tablaje; queriendo tener por disculpa que sea esto hurtar al ladrón. Los juegos más a propósito deste oficio dicen ellos ser la *primera* y otros donde se saca poco a poco, sin mucha cuenta de los jugadores. Especialmente tienen por ventaja sacar el *barato* en la mano, no poniéndole patente en la mesa, donde claramente defraudan el dinero, contra la voluntad de sus dueños y de los mismos coimeros, sin que se haga caso de honra, cuanto menos de conciencia. (*Fiel desengaño*, II, pág. 125; cursivas mías)

En el episodio citado del robo mutuo entre el mirón y el jugador, la visión cervantina es tolerante y compleja, especialmente a la vista de la detallada y ambivalente sentencia sanchesca y de los prudentes y pragmáticos considerandos del escribano. Aun así, Luque y el célebre novelista llegan a una conclusión parecida desde ámbitos muy distintos, como son el del experto sermoneador moralista y el del narrador genial con conciencia social, un gran espíritu crítico, mucho mundo y pocas certezas.

Pero el asunto va más allá, pues, siguiendo una vieja intuición de Gonzalo Torrente Ballester, Blasco ha señalado en unas aquilatadas páginas que la narrativa de Cervantes puede equipararse con un juego y que ambas instancias coinciden en el «espacio de la sentimentalidad burguesa», en la eutrapelia y en ser simulacros de la realidad (2001: xxv-xxvii). Así lo sugería el mismo escritor alcalaíno en su prólogo a las *Novelas ejemplares*, con la famosa *mesa de trucos* narrativa en la forma de una colección de doce novelas sin marco (pág. 18).

A mayor abundamiento, hay también otro pasaje concreto de la mentada *Gitanilla* que puede ponerse en paralelo con otro, quizás contemporáneo, del *Fiel*

*desengaño*²⁷. Ya hemos visto cómo, desde el comienzo del libro, Luque insiste en que el mundo de los jugadores organizados se asemeja a una «casera y no bien entendida república» ajena a las leyes vigentes (*Fiel desengaño*, I, pág. 60). Pero lo que nos interesa más ahora es una aclaración fajardiana sobre la costumbre de las timbas de la época de usar, como equivalentes del dinero o las fichas, cosas comestibles, «ya de habas o de chochos, de cáscaras o de tiestos» (II, pág. 237), y la comparación de ese improvisado circulante con el cacao americano que usaban los indígenas con el mismo fin: «Considerad, por vuestra vida, Laureano, las ventajas desta moneda, y las que hace a el cacao de las Indias en Nueva España; que, al fin, aquélla puede comerse y en efeto se come, y esotra, acabado el juego, se pone al rincón o se echa a mal (...)» (II, pág. 237). Y por esos mismos años, un gitano en *La gitanilla* alude a esa costumbre americana: «El toque está en no acabar acoceando el aire en la flor de nuestra juventud y a los primeros delitos; que el mosqueo de las espadas, ni el apalear el agua en las galeras, no lo estimamos en un cacao» (*Novelas ejemplares*, pág. 76)²⁸. Además, es importante recalcar que las menciones a esa planta bitneriácea aparecen, en los dos casos, en pasajes similares de presentación de los hábitos de vida de colectivos –amerindios, tahúres y gitanos– que vivían voluntariamente al margen del sistema o de las leyes vigentes, pero que, aun así, poseían su propio sistema monetario y de organización y control social, como Cervantes expone en esa misma novelita ejemplar (págs. 71-73 y 78)²⁹.

²⁷ Rico fechó matizadamente esa novelita: «una redacción anterior a 1602 y una revisión en 1605 o 1606» (2005: 162).

²⁸ Las notas de los estudiosos no son muy expresivas: Schevill y Bonilla nada indicaron (1922: 84). Un chileno, Benavides, sí comentó el asunto, después de citar a Rodríguez Marín: «Es interesante observar cómo el mundo americano sustituye en su presencia física las expresiones habituales usadas antes de su descubrimiento en España. Antes, y atestiguado en el *Cid*, el giro es *no lo precio un figo*» (1956: 113, n. 167).

²⁹ Al margen, convendría que se historiara más en detalle la moda de comienzos del XVII de establecer, por un lado, estatutos y ordenanzas burlescos, parodias administrativas o legales, y, por otro, mafias o juntas de ladrones y jaques, o incluso sistemas de gobierno de grupos sociales marginales, una boga acaso iniciada por el *Liber vagatorum* (1509 y 1528), la *Fraternity of Vagabondes* de John Andley (1561), el *Caveat for Common Cursetors* (1567), el *Advertissement, antidote et remède contre les piperies des pipeurs* y textos de Rueda, Timoneda y Luis Zapata; posiblemente seguidos luego por Alemán en sus *Ordenanzas mendicativas* (*Guzmán*, I, iii, 2), por la *Vida del pícaro* (1601), por el propio Cervantes en *Rinconete* y por Quevedo en su *Buscón*, por los autores anónimos del *Entremés de la cárcel de Sevilla* y el *Entremés de Mazalquiví* y después por *La desordenada codicia de los bienes ajenos* del doctor Carlos García (1617), entre otros. Deleito consideró, como antes Rodríguez Marín y Joaquín Hazañas, reales e históricos esos inframundos organizados y los resumió en la *jacarandina*

Se trata, de paso, de una alusión al cacao que ha dado lugar a no poco revuelo crítico, pues algunos investigadores han aprovechado la ocasión para atribuir a Cervantes un conocimiento libresco o indirecto de lo americano, que podría proceder sencillamente del pasaje citado de Luque³⁰. A este propósito, deseo completar mi detallada reseña de hace bastantes años (2005a) al libro de Wilson, *Cervantes, the Novel, and the New World* (2003), con un nuevo comentario suscitado por ese mismo predicador hispalense³¹. Como entonces hice notar, esa profesora norteamericana proponía en su estudio una bastante radical lectura *americana* o *americanista* de las obras cervantinas y ofrecía como un ejemplo –según ella, patente– del *occidentalismo caribeño* del novelista ese pasaje, ya citado, de *La gitanilla* en el que un gitano viejo declaraba que los de su tribu no estimaban la justicia de los payos *en un cacao*. Wilson aseveraba entonces que los diccionarios y léxicos de la época consultados por ella –y mencionaba a Covarrubias– no incluían ni la voz náhuatl *cacáhua* ni la expresión, acaso proverbial, del gitano, y concluía que «Cervantes provides the earliest use of the phrase in Golden Age literature», lo que la autorizaba a proclamar nada menos que «both the linguistic hybridity and the American reach of his longer novels» (2003: 85-86).

En efecto, según el CORDE, la palabra *cacao* aparece por esos años en cronistas americanos y, en especial, en Gonzalo Fernández de Oviedo y en Juan de Cárdenas, aunque no así la frase que usa Cervantes, que podría ser una expresión hecha o incluso una acuñación suya a partir de la noticia o anécdota americana. Sobre su uso y su carácter fraseológico en el habla de la época caben ciertas dudas: Covarrubias omite la voz, pero *Autoridades* sí la recogerá cumplidamente y aclarará que «en algunas partes de las Indias sirve de moneda para pagar los picos y restos

sevillana (1967: 196-198). Paralelamente, Chevalier apuntó en su día algunas consideraciones sobre las parodias legalistas dentro de su importante estudio sobre la agudeza verbal (1992: 76) y resultan útiles, asimismo, el recorrido de Molho por el pauperismo organizado del XVI (1972: 17-19), las notas de Rico (365, n. 17) y de Gómez Canseco a sus respectivas ediciones del *Guzmán* (n. 261.35) y el esolio de García López al *Rinconete* (*Novelas ejemplares*, págs. 790-791). Algo más lejos quedan los sistemas de vida picaresca expuestos por el ventero Juan en el alivio VII (II, págs. 488-510) y por los falsos caballeros en el alivio IX (II, págs. 571-575) de *El pasajero* de Cristóbal Suárez de Figueroa.

³⁰ Véanse Wilson (2003) y Brioso (2003, 2015 y 2018). A la altura de mi tesis doctoral de 1995, publicada con muchos cambios en 1999, no imaginaba ni por asomo las elucubraciones que iban a hacer algunos cervantistas norteamericanos unos años después sobre el presunto americanismo del escritor de Alcalá, acaso con el designio de *occidentalizar* el Siglo de Oro español y de asimilarlo a los estudios neocoloniales e indigenistas en boga.

³¹ Comp. también mi estudio de 2005b y mi síntesis crítica más general de 2018.

de las cantidades mayores» (s. v. *cacao*). El raro y añejo *Diccionario enciclopédico de la lengua española* (1853) sólo trae una descripción botánica. Mathtías Duque no la incluía en su *poliantea* (1917, s. v. *cacao*), pero Fernández Gómez sí la consideró en su día una frase hecha (1962, s. v.). Morínigo (1993, s. v.) registró *pedir cacao* ('darse por vencido') y *no valer un cacao* ('ser insignificante'). Cejador no trae nuestra expresión en su *Fraseología* (2008). Las traducciones antiguas y modernas reformularon la alusión sin el hoy polémico cacao: Barezzi reescribió «non lo stimiamo un iota» (1942: 75) y Fitzmaurice-Kelly «do we esteem of the slightest consequence» (1902: 41). Al margen, la *iota* de Barezzi la explicaba el *Vocabulario de las dos lenguas toscana y castellana* de Cristóbal de las Casas (1570) como «pónese por poca cosa». Y ese mismo diccionario bilingüe no incluía la voz *cacao*, pero sí otro americanismo como *canoas*.

En realidad, la ocurrencia cervantina del cacao mereció ya esta nota de Rodríguez Marín en su edición de las *Novelas ejemplares* de 1915, con una oportuna cita de un cronista:

La frase comparativa *no valer un cacao*, o *no estimar* a alguno, o alguna cosa, *en un cacao*, se originó de haber usado los indios aztecas como moneda de poco valor los granos de esta semilla mejicana. Es frase que indudablemente introdujeron en España los soldados y mercaderes que habían vivido allá. Dice don Francisco Cervantes de Salazar en su *Crónica de la Nueva España* (libro II, capítulo XXI) [...]: «...Mucha buhonería o mercería, que era la moneda y rescate para contratar con los indios, porque aunque tenían mucho oro y plata, no tenían moneda dello, ni de otro metal, si no era, en ciertas partes, unas como pequeñas almendras que ellos llamaban cacauatl, y destas hoy por más de quinientas leguas de tierra usan los indios en la Nueva España en lugar de moneda, porque también usan la nuestra». (1975: I, pág. 75, n. 1)

Con todo, aunque se suele citar a Luque o incluso a Rodríguez Marín en las notas al pie de diversas ediciones, no se ha insistido demasiado en las coincidencias concretas entre ambos escritores ni se han despejado las incógnitas de esa posible fuente de Cervantes, algo para lo que habría bastado, en varios casos, con repasar el escolio de ese benemérito académico sevillano³².

³² A mi entender, esa anotación de 1915 era ya reveladora, sin olvidar otras menciones harto elocuentes de la *Fiel ociosidad* por ese ilustre cervantista (II, 77, n. 2, y II, 76, n. 14). Sieber (1991: II, 72-73, nn. 102-104) se apoyó en Luque y en las notas de Rodríguez Marín y Schevill-Bonilla; García López comentó sucintamente, basándose en el mismo Rodríguez Marín, la costumbre del cacao

Si aquella leve broma cervantina puede o no ser tomada como una temprana y enigmática alusión *occidentalista* a las Indias y a su colonización, no es el caso de elucidarlo aquí de nuevo, pero sí cabe subrayar que la fuente de ese chiste pasajero —además de la insinuada por Rodríguez Marín, ya sea oral o libresca— podría estar mucho más cerca de lo que pensamos, y también más lejos de Ultramar y de las crónicas americanas señaladas por Wilson: muy probablemente, Cervantes pudo leer, sin salir de Sevilla o de Madrid, la *Fiel ociosidad* y retener aquel dato anecdótico para sus propios fines satíricos o sociológicos.

No menos curiosa es la coincidencia del nombre de *isla bárbara* entre el *Fiel desengaño* y *Persiles y Sigismunda*, que Luque aplicó metafóricamente a la *república* de los tahúres y que Cervantes convertirá en el escenario inicial inventado de su novela de aventuras bizantinas de 1617 (*Persiles*, pág. 137). Luque escribe exactamente: «Hemos comenzado a llamarla república, aunque era más propio nombre isla bárbara» (*Fiel desengaño*, I, pág. 189). Sin embargo, no queda claro si Cervantes usó ese nombre como un verdadero topónimo o simplemente como una descripción, según parece considerarla el preparador de la obra, Romero Muñoz, que la edita siempre en minúscula, como nombre común, y la llama «isla innominada» en su introducción a la obra (2016: 38).

Aunque no podemos esperar citas literales del elusivo y creativo Cervantes, sí sobresalen este tipo de pequeños préstamos y alusiones irónicas, al estilo de las que hace tiempo desenterraron dos eruditos singularmente incisivos: Márquez Villanueva en 1995 y Navarro Durán diez años después. El primero observó los paralelos, *cum grano salis*, entre las novelas cervantinas largas y cortas y el *Guzmán de Alfarache*; la segunda recolectó las alusiones a *Tirante el Blanco* y a *Lazarillo de Tormes* en la producción del *manco sano*.

En suma, es de sospechar que Cervantes debió de consultar, muy a su sabor y acaso con un mohín de irónico disgusto, el *Fiel desengaño* en cualquier librería madrileña o sevillana. A la vista de guiños literarios tan sugestivos como los apuntados por Márquez y Navarro, las demás coincidencias consignadas por Riquer, Étienvre, Bonilla y quien firma estas páginas entre algunas obras de Cervantes y el

como moneda (2001, n. 76.292) y evocó indirectamente el tratado fajardiano (2001, n. 298.219). La anotación más sorprendente es la de Avalor-Arce, que soslayó completamente a Luque (II, págs. 141-142, nn. 162-165). En todo caso, la mayoría de las ediciones disponibles de la novelita cervantina no suelen ir más allá de usar a Luque Fajardo para elucidar cuestiones léxicas.

desapacible tratado de Luque tienen interés como un posible testimonio de las variopintas y bien aprovechadas lecturas del novelista. Importa ver, por lo demás, cómo funcionaba el telar cervantino, en el que, sobre un entramado propio, se urdían algunos hilos prestados para dar más color a sus historias entretenidas y ejemplares. Ya lo intuyó certeramente Alfonso Reyes: «Cervantes aprovecha a un tiempo varios estambres, y los entreteje y compone a su manera, como hacen todos los artistas» (1996: 382). En este caso, la urdimbre incluye bastantes fuentes con las que ese novelista discrepa intelectualmente y a las que a menudo ridiculiza o parodia por su prosa oscura (Feliciano de Silva), por sus disparates e invenciones (Antonio de Torquemada) o por sus absurdas pretensiones eruditas (Polidoro, acaso Luque Fajardo y sin duda Lope de Vega). Llama la atención que Cervantes tal vez criticara a Luque Fajardo sus impertinentes digresiones, ensartadas en medio de un tratado o manual que debía ser más concreto y práctico, y que pudo consultar en busca de información técnica y que acaso lo decepcionó por su desorden, su carácter heteróclito y misceláneo o su tono moral y homilético, aunque también podemos pensar que pudo interesarle por su rico vocabulario y su anecdotario. ¿Consideró a ratos a ese predicador como otro Virgilio Polidoro inclinado a la erudición indiscriminada e inútil, como otro *primo humanista* del segundo *Quijote* dedicado a «preguntar necesidades y responder disparates», en palabras del pragmático Sancho (II, cap. 22, pág. 813)? ¿Formaba parte el tratado fajardiano, según él, del contingente de libros inútiles de un falso humanismo adocenado y trivial? ¿Eran los saberes acarreados por Luque y por otros como él, verdaderas *bagatelle*, como las del título no identificado de II, 62 (pág. 1143)? Lo único claro es que la información ociosa le divertía sobremanera como materia de sátira y parodia. Y, por último, ese método de trabajo ocasionalmente libresco de Cervantes permite deducir que los intentos tradicionales de hallar a todo trance *modelos vivos* o referencias sociológicas más o menos reales para sus personajes y situaciones podrían obedecer en muchos casos a la sugestión engañosa del famoso *realismo* o verismo de Cervantes, que no es sino otra de sus fintas.

Al parecer, esa hipotética *imitatio* no habría sido tanto general como particular y de ciertos detalles, y desde luego no afectaría ni a las intenciones, ni al fondo moral, ni a las técnicas constructivas, ni al género. Más bien parece tratarse de algunas ligeras afinidades entre autores que se encuentran en longitudes de onda muy distintas. Como es obvio, el objetivo de ambos autores debió ser totalmente diverso, pues lo que en Luque era un sermón o un tratado moral dialogado contra el vicio

del juego, en Cervantes es una colección de novelas de nuevo cuño destinada a entretener a un gran número de lectores so capa de una ejemplaridad aparente desde el título y, a ratos, real. Mientras el beneficiado de Pilas había compuesto un sermón vestido como un largo y envarado coloquio, adornado apenas con unos ligeros toques novelescos, unas viñetas costumbristas y bastantes datos léxicos, el escritor de Alcalá lograría construir doce ingeniosas y experimentales novelitas —«doce trucos», según Ferreras³³— que fecundarían la narrativa breve española del siglo XVII y contribuirían a crear ese importantísimo género comercial que se ha llamado novela corta, cortesana o cervantina.

Sobre la cacareada ejemplaridad, ambos difieren de forma visible. Cervantes, obviamente, no cae nunca ni en el tono sermonario ni en la relativa rigidez homilética y dogmática de su predecesor, no sólo porque se mantuvo hábilmente al margen de los dictados de Trento y de la condena de la ficción³⁴, sino también, probablemente, para mantener la amena ligereza de sus *novelitas-jardín* o *novelitas-alameda*, defendida en el famoso prólogo de 1613, o la «gala y artificio» aducidas en las famosas aclaraciones del segundo *Quijote*, cap. 44 (pág. 980). Como se ha discutido tantas veces, o bien entendió la ejemplaridad como una vía intermedia, promoviendo un entretenimiento ético, o bien consideró que lo ideal era entretener sin daños colaterales, *de barras*, calibrando perfectamente el alcance ético de sus piezas, sin caer, como harían después sus epígonos, ni en lo sensacionalista y picante ni en la gazmoñería³⁵. Para Castro, el Cervantes maduro buscaba respetabilidad social con esa ejemplaridad y «con la honda e imperecedera verdad vital, alternaba ahora en su obra la verdad moralizante –pedagógica diríamos hoy» (1957: 341). O bien el de Alcalá siguió un personalísimo camino, apuntado por Blasco, de ejemplaridad en el sentido de «desarrollo narrativo de una *quaestio*» o de la «*narratio ficta* de una *disputatio*», esto es, la encarnadura vital de una preocupación o un debate de época (2001: xxiv-xxv).

Tanto da, en realidad, pues, en lo que nos importa aquí, logró evitar la prédica cansina y forzada de sus contemporáneos Alemán o Luque, que prefirieron, respectivamente, la novela-sermón interiorizada o una suerte de coloquio-sermón. Si el

³³ Juan Ignacio Ferreras, «Las *Novelas ejemplares* o los doce trucos» (conferencia dictada en la Universidad de Alcalá el 3-5-2011).

³⁴ Remito a Blasco para una precisa síntesis de esta cuestión (2001: xviii-xxv).

³⁵ Véanse, entre otros, Castro (1948, 1957), Avelle-Arce (1978: 342-344), Rey Hazas –que hablaba todavía de «tonalidad ejemplar» en un excelente artículo de 1983 (119)– y el afinado resumen de Blasco (2001).

primero logró un cierto equilibrio entre lo moral y lo novelesco, el segundo está más cerca de lo devocional y de la predicación que de la literatura, y de ahí seguramente que Cervantes lo rechazara en buena parte, quedándose con unos cuantos datos sueltos para sus nuevos libros, la historia de *Don Quijote* y las *Novelas ejemplares*. De todos modos, a la larga y a despecho de los esfuerzos cervantinos, durante ese siglo, triunfaría en España el moralismo más o menos sincero sobre el pasatiempo sin pretensiones, mientras que la literatura occidental sí aprovecharía después a su sabor los esfuerzos libres y creativos de Cervantes, como atestiguan las novelas de Henry Fielding, Laurence Sterne o Tobias George Smollett.

No obstante, las diferencias entre ambos son tantas y tan de bulto, que, de hecho, el alcalaíno apenas parece haber aprovechado la obra de Luque más que como una cantera de materiales menudos, dispersos por varias de sus novelas cortas y largas, unos materiales entre los que no están los aspectos técnicos del juego, que Cervantes parece conocer de primera mano. En las novelas cervantinas donde aparece, el motivo de los juegos de azar no suele sobrepasar demasiado la mera anécdota o el juego de palabras alusivo. No obstante, nuestro mayor novelista acude al asunto cuando le interesa narrativamente y, en principio, cuando la situación resulta mínimamente picaresca, esto es, en *La gitanilla*, *La ilustre fregona*, *Rinconete y Cortadillo* y *El licenciado Vidriera*, sobre todo. Tampoco parece ver en él ninguna trascendencia especial, ni moral ni social; más bien lo considera un accidente narrativo más, con la excepción de los pasajes dichos de la Ínsula Barataria y la diatriba de Vidriera, donde Cervantes se nos muestra un tanto preocupado por un mal que asolaba la sociedad española, o insólitamente moralizante y sin duda arrastrado por sus rotundos personajes, un bobo-listo y un loco lúcido y amargo.

En consecuencia, es evidente que, pese a los parecidos puntuales, ambos autores difieren en casi todo y en que, al menos en mi opinión, el uso cervantino de *cacao* no presupone, ni mucho menos, ningún *mestizaje* ni ningún *occidentalismo antropológico* de Cervantes, sino su lectura más o menos casual de alguna crónica o del tratado de Luque, o su fino oído para escuchar a algún indiano en una taberna o un mentidero sevillanos.

OBRAS CITADAS

ALEMÁN, Mateo, *Guzmán de Alfarache*, ed. de Francisco Rico, Barcelona, Planeta, 1983 [1966].

- , *Guzmán de Alfarache*, ed. de Luis Gómez Canseco, Madrid, RAE, 2012.
- AVALLE-ARCE, Juan Bautista, *Dintorno de una época dorada*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1978.
- , «Cervantes entre pícaros», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 38.2, 1990, págs. 591-603.
- , *Enciclopedia cervantina*, Alcalá de Henares, CEC, 1997.
- BAREZZI, Barezzo, trad. de *La gitanilla* de Miguel de Cervantes, Barcelona, Casa Provincial de Caridad, 1942.
- BENAVIDES LILLO, Ricardo, ed., Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares*, Santiago, Editorial Universitaria, 1956.
- BLASCO, Javier, estudio preliminar, *Novelas ejemplares* de Miguel de Cervantes, «Novela ('mesa de trucos') y ejemplaridad ('historia cabal y de fruto')», Barcelona, Crítica, 2001, págs. ix-xxxix.
- BONILLA CEREZO, Rafael, «El *Fiel desengaño* contra la ociosidad y los juegos de Francisco de Luque Fajardo en el 'Prólogo al lector' de las *Novelas ejemplares*», *Homenaje al Profesor José María Balcells*, León, Universidad de León, 2025 (en preparación).
- BRIOSO SANTOS, Héctor, *América en la prosa literaria española de los siglos XVI y XVII*, Huelva, Diputación Provincial, 1999.
- , Reseña de Diana de Armas Wilson, *Cervantes, the Novel, and the New World* (2003), *Hesperia*, 8, 2005, págs. 161-174.
- , «Los anteojos de mejor vista y el Cervantes americano: nuevas objeciones a la metodología crítica posmoderna», *Arte Nuevo. Revista de Estudios Áureos*, 2, 2015, págs. 23-43.
- , «El cervantista posmoderno como turista accidental del Siglo de Oro», *Anuario de Estudios Cervantinos*, 14, 2018, págs. 195-207.
- , «La república de ladrones y otros motivos comunes en el *Fiel desengaño* de Luque Fajardo y en las *Novelas ejemplares* de Cervantes», *eHumanista: Journal of Iberian Studies*, 55, 2023, págs. 71-85.
- , «La fuente de dos novelas ejemplares: cervantes y Luque Fajardo ante la parábola del Hijo Pródigo», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, LXXIII. 1, 2025, págs. 35-71.
- BRIOSO SÁNCHEZ, Máximo, y BRIOSO SANTOS, Héctor, «La picaresca y América en los Siglos de Oro», *Anuario de Estudios Americanos*, 49, 1992, págs. 207-232.

- CASAS, Cristóbal de las, *Vocabulario de las dos lenguas toscana y castellana*, ed. de A. David Kossof, Madrid/Wareham, Istmo/Wareham Imprints, 1988 (fac-símil).
- CASTRO, Américo, «La ejemplaridad de las *Novelas ejemplares*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 2, 1948, págs. 319-332. También en *Hacia Cervantes*, Madrid, Taurus, 1957.
- CERVANTES, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, dir. de Francisco Rico, Barcelona, Crítica, 1998.
- , *La gitanilla. Texto original, y la traducción italiana de Barezzi*, Barcelona, Imprenta Escuela de la Casa Provincial de Caridad de Barcelona, 1942.
- , *Novelas ejemplares, Obras completas de Miguel de Cervantes Saavedra, III*, ed. de Rudolph Schevill y Adolfo Bonilla y San Martín, Madrid, Gráficas Reunidas, 1922.
- , *Novelas ejemplares*, ed. de Francisco Rodríguez Marín, Madrid, Espasa, 1975 [1915].
- , *Novelas ejemplares*, ed. de Mariano Baquero Goyanes, Madrid, Editora Nacional, 1981.
- , *Novelas ejemplares*, ed. de Juan B. Avalle-Arce, Madrid, Castalia, 1982.
- , *Novelas ejemplares*, ed. de Harry Sieber, Madrid, Cátedra, 1992.
- , *Novelas ejemplares*, ed. de Julio Rodríguez-Luis, Madrid, Taurus, 1994.
- , *Novelas ejemplares*, ed. de Rosa Navarro Durán, Madrid, Alianza, 1995.
- , *Novelas ejemplares*, ed., de Jorge García López, Barcelona, Crítica, 2001.
- , *Persiles y Sigismunda*, ed. de Carlos Romero Muñoz, Madrid, Cátedra, 2016.
- CHEVALIER, Maxime, *Quevedo y su tiempo: la agudeza verbal*, Barcelona, Crítica, 1992.
- DELEITO Y PIÑUELA, José, *La mala vida en la España de Felipe IV*, Madrid, Espasa, 1967 [1948].
- Diccionario enciclopédico de la lengua española*, Madrid, Gaspar y Roig, 1853.
- DOMÍNGUEZ GUZMÁN, Aurora, «Relaciones de fiestas inmaculistas en Sevilla (1615-1617). Catálogo descriptivo», ed. de Rogelio Reyes Cano, Mercedes de los Reyes Peña y Klaus Wagner, *Sevilla y la literatura. Homenaje al profesor Francisco López Estrada en su 80 cumpleaños*, Sevilla, Universidad, 2001, págs. 231-246.
- DUQUE, Matthías, *Flores de dichos y hechos sacados de varios y diversos autores*, Valencia, Imprenta de Antonio López y Cía., 1917.
- ÉTIENVRE, Jean-Pierre, *Figures du jeu*, Madrid, Casa de Velazquez, 1987.

- , «Paciencia y barajar: Cervantes, los naipes y la burla», *Apuntes y despuntes cervantinos*, Alcalá de Henares, Universidad, 2016, págs. 15-37.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, Carlos, *Vocabulario de Cervantes*, Madrid, RAE, 1962.
- FITZMAURICE-KELLY, James, trad., *Exemplary Novels, The Complete Works of Miguel de Cervantes*, Glasgow, Gowans & Gray, 1902.
- GARCÍA LÓPEZ, Jorge, ed., Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares*, Barcelona, Crítica, 2001.
- GÓMEZ REDONDO, Fernando, «El ajedrez y la literatura (59). El ocio provechoso», *Rinconete*, 15-7-2016. https://cvc.cervantes.es/el_rinconete/antecedentes/julio_16/12072016_01.htm (consultado: 20-10-22).
- Gran enciclopedia cervantina*, Madrid, Castalia-CEC, 2005-.
- GÜNTERT, Georges, *Cervantes: novelar el mundo desintegrado*, Barcelona, Puvill, 1993.
- LARA MARTÍNEZ, María, «Armas, letras y juego en el universo de Cervantes», *Archivo de la Frontera*, 16-7-2015, <https://www.archivodelafrontera.com/wp-content/uploads/2015/07/Maria-Lara-El-juego-en-el-universo-de-Cervantes.pdf> (consultado: 26-1-25).
- LUQUE FAXARDO, Francisco de, *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*, ed. de Martín de Riquer, Madrid, RAE, 1955.
- MARAVALL, José Antonio, *La literatura picaresca desde la historia social*, Madrid, Taurus, 1986.
- MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco, *Trabajos y días cervantinos*, Alcalá, CEC, 1995.
- MOLHO, Mauricio, *Introducción al pensamiento picaresco*, Salamanca, Anaya, 1972 (trad. de *Romans picaresques espagnols*, París, Gallimard, 1968).
- MORÍNIGO, Marcos Augusto, *Diccionario del español de América*, Madrid, Anaya, 1993.
- NAVARRO DURÁN, Rosa, «*Tirante el Blanco y Lazarillo de Tormes* en las páginas del *Quijote*», *La España y el Cervantes del primer Quijote*, coord. de José Alcalá-Zamora, Madrid, Real Academia de la Historia, 2005, págs. 99-124.
- PODADERA SOLÓRZANO, Encarnación, «La fraseología del Desengaño (1603): un nuevo acercamiento a la lengua de los bajos fondos a través de la obra de Francisco Luque Fajardo», *Res Diachronicae*, 12, 2014a, págs. 60-77.
- , «El mundo del marginalismo a través de la lengua de germanía en *Rinconete y Cortadillo* (1613) de Miguel de Cervantes», *Lemir*, 18, 2014b, págs. 399-418.
- REY HAZAS, Antonio, «Género y estructura de *El coloquio de los perros* o cómo se hace una novela», en *Lenguaje, ideología y organización textual en las novelas*

- ejemplares*, ed. de José Jesús de Bustos Tovar, Madrid, Universidad Complutense-Université de Toulouse-Le Mirail, 1983, págs. 119-143.
- REYES, Alfonso, *Capítulos de literatura española. De un autor censurado en el «Quijote»*. *Páginas adiciones, Obras completas*, VI, México, DF, FCE, 1996 [1957].
- RICO, Francisco, «Sobre la cronología de las novelas de Cervantes», en «*Por discreto y por amigo*». *Mélanges offerts à Jean Canavaggio*, ed. de Christophe Couderc y Benoît Pellistrandi, Madrid, Casa de Velázquez, 2005, págs. 159-165.
- SLATER, John, *Todos son hojas: literatura e historia natural en el Barroco español*, Madrid, CSIC, 2010.
- STROSETZKI, Christoph, «Ocio, trabajo y juego. Aspectos de su valoración en algunos tratados del Siglo de Oro», en *Siglo de Oro. Actas del IV congreso internacional de AISO*, Alcalá, 1998, págs. 1547-1553.
- SUÁREZ FIGAREDO, Enrique, introd. y ed., Francisco Luque Fajardo, *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*, *Lemir*, 22, 2018, págs. 1-234.
- SUÁREZ DE FIGUEROA, Cristóbal, *El pasajero*, ed. de M^a Isabel López Bascuñana, Barcelona, PPU, 1988.
- WILSON, Diana de Armas, *Cervantes, the Novel, and the New World*, Oxford, Oxford University Press, 2003.
- YNDURÁIN, Francisco, «Estudio preliminar», en *Obras de Miguel de Cervantes, II. Obras dramáticas*, Madrid, Atlas, 1962, págs. vii-lxxi.
- YNDURÁIN, Domingo, «*Rinconete y Cortadillo*. De entremés a novela», en *Estudios sobre Renacimiento y Barroco*, ed. de Consolación Baranda *et al.*, Madrid, Cátedra, 2006, págs. 23-34.
- ZAPATA, Luis de, *Miscelánea o Varia Historia*, ed. de Antonio Carrasco González, Llerena, Editores Extremeños, 1999.
- ZIMIC, Stanislav, *Las Novelas ejemplares de Cervantes*, Madrid, Siglo XXI, 1996.